
FÁBULAS LITERARIAS

DE

D. TOMÁS DE IRIARTE.

Nació este distinguido literato en el Puerto de Santa Cruz de la villa de Orotava (en la isla de Tenerife, una de las Canarias), á 18 de septiembre de 1750, y murió en Madrid (víctima de su mal de gota) el 17 de septiembre de 1791.

Estudió el latín en la villa de Orotava, bajo la enseñanza de su hermano Fr. Juan Tomás de IRIARTE, dominico, y completó su brillante instrucción en Madrid, bajo la dirección de su tío D. Juan de IRIARTE, bibliotecario de S. M.

Sólidamente erudito en todos los ramos del saber, descolló en la poesía, en la comedia, en la crítica, en la traducción de Horacio y de Virgilio, legándonos sobre todo la excelente colección de sus *Fábulas literarias*, cuyas postfabulaciones (604) reunidas valen casi tanto como el *Arte poética* de HORACIO.

Corta fue la vida de D. Tomás de IRIARTE, pero laboriosa, fecunda, y útil en extremo para la literatura española. Y eso que sólo podía dedicar á las letras el espacio que le dejaban libre sus deberes oficiales de traductor en la primera Secretaría de Estado (desde 1771 á 1776), y archivero del Supremo Consejo de la Guerra (desde 1776 hasta su fallecimiento).

=Las fábulas literarias de IRIARTE (dice el señor Martínez de la Rosa) tienen un mérito singular, no solo por las prendas comunes á otras composiciones semejantes, sino por la originalidad de la invención, en que puede decirse que no ha tenido modelo. Fácil es descubrir en el instinto de los animales, y en sus varias inclinaciones, semejanza con el carácter y las pasiones de los hombres: la raposa ofrece la imagen de un enemigo astuto, el lobo la de un contrario feroz, el perro la de un amigo leal; pero no es tan fácil hallar en los animales muchos argumentos á propósito para dar reglas literarias; y esto es lo que descubrió IRIARTE, y lo que nos hizo ver con tanta maestría, que nos parece luego su invención óbvia y sencilla. Si se preguntase, por ejemplo, al hombre mas entendido, de qué animal pudiera valerse para burlarse de los autores que prometen cosas sublimes con palabras huecas, y nada enseñan luego por su obscuridad,

tal vez tardaría mucho en encontrar lo que se le demanda ; pero así que nos muestra IRIARTE al *Mono del titiritero*, que hallándose ausente su amo quiere remedarle , y enseña como él la linterna mágica (con la sola diferencia de que olvidó encender la candileja), al punto nos sonreímos , anticipando nosotros mismos la aplicacion natural y graciosa que puede hacerse á muchos autores de la reprension que dirige maese Pedro á su mono (*Véase la fábula VI*).

En algunas de sus fábulas se admira un diálogo el mas vivo y animado (*V. la fábula XI*).

En otras se nota la acertada eleccion de caractéres , y la gracia de la expresion (*V. la fábula III*).

Descúbrese en muchas la mayor facilidad y soltura , como en la LVII y otras. Aún ligado con las trabas de una versificacion difícil y sujeto á rima rigurosa , no muestra IRIARTE embarazo ni esfuerzo ; antes parece que juega y se divierte , como por ejemplo , en su fábula XXIX.

La fábula del retrato de golilla (XXXIX), la de los huevos (XII), la del raton y el gato (XXI), y otras varias en que abundan muchas bellezas, aunque escaseen frecuentemente de colorido poético, recomiendan esta preciosa Coleccion, única en su clase, y de que debe gloriarse nuestra literatura. — Por esto, para ofrecer á los principiantes ancho campo en que hallar modelos de versificacion y de combinaciones de los versos (500), para darles copiosos modelos de las poesias llamadas *fábulas* (602), y para acabar de inculcarles los principales preceptos del arte, he creído que las *Fábulas literarias* de nuestro insigne filólogo formarian el mas útil y agradable complemento de este libro.

—Las obras coleccionadas de D. Tomás de IRIARTE se publicaron por primera vez el año de 1782 (seis vol. en 8.º de marquilla), y en 1805 se hizo una segunda edicion (ocho volúmenes en 8.º) aumentada con varios papeles y composiciones inéditas. — De las *Fábulas literarias* se hicieron en el siglo pasado, y se han hecho en el presente, muchas ediciones. — La que nosotros damos á continuacion es completa, pues contiene las sesenta y siete conocidas desde un principio, las tres que se estamparon al fin de la 4.ª edicion (de las *Fábulas*), y las seis más que se añadieron en la segunda edicion de la *Coleccion* general de las obras del autor : total setenta y seis fábulas. — Al principio de cada una se indica el género de metro en que está escrita, y en el índice que se halla al final de este *Tratado de Retórica y Poética*, damos el índice detallado de las *Fábulas*, con la moralidad ó precepto literario que entraña cada una.

FÁBULAS LITERARIAS.

I.

(*En endechas de siete sílabas.*)

EL ELEFANTE Y OTROS ANIMALES.

Allá, en tiempo de entonces,
Y en tierras muy remotas,
Cuando hablaban los brutos
Su cierta jerigonza,
Notó el sabio Elefante
Que entre ellos era moda
Incurrir en abusos
Dignos de gran reforma.
Afeárselos quiere,
Y á este fin los convoca.
Hace una reverencia
Á todos con la trompa,
Y empieza á persuadirlos
En una arenga docta,
Que para aquel intento
Estudió de memoria.
Abominando estuvo,
Por más de un cuarto de hora,
Mil ridiculas faltas,
Mil costumbres viciosas:
La nociva pereza,
La afectada bambolla,
La arrogante ignorancia,
La envidia maliciosa.
Gustosos en extremo,
Y abriendo tanta boca,
Sus consejos oian
Muchos de aquella tropa:
El Cordero inocente,
La siempre fiel Paloma,
El leal Perdiguero,

La Abeja artificiosa.
El Caballo obediente.
La Hormiga afanadora,
El habil Jilguerillo,
La simple Mariposa.

Pero del auditorio
Otra porcion no corta,
Ofendida, no pudo
Sufrir tanta parola.
El Tigre, el rapaz Lobo.
Contra el censor se enojan.
¡Qué de injurias vomita
La Sierpe venenosa!
Murmuran por lo bajo
Zumbando en voces roncadas,
El Zángano, la Avispa,
El Tábano y la Mosca.
Sálense del concurso,
Por no escuchar sus glorias,
El Gigarron dañino,
La Oruga y la Langosta.
La Garduña se encoge,
Disimula la Zorra;
Y el insolente Mono
Hace de todo mofa.

Estaba el Elefante
Viéndolo con pachorra,
Y su razonamiento
Concluyó en esta forma:
Á todos, y á ninguno,
Mis advertencias tocan:
Quien las siente, se culpa;
El que no, que las oiga.
Quien mis fábulas lea,
Sepa tambien que todas
Hablan á mil naciones,
No solo á la española.
Ni de estos tiempos hablan,
Porque defectos notan
Que hubo en el mundo siempre,
Como los hay ahora.
Y pues no vituperan
Señaladas personas,
Quien haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

II.

(En silva.)

EL GUSANO DE SEDA Y LA ARAÑA.

Trabajando un Gusano su capullo,
La Araña, que tejia á toda prisa,
De esta suerte le habló con falsa risa
Muy propia de su orgullo:
«¿Qué dice de mi tela el seor gusano?
Esta mañana la empecé temprano, X
Y ya estará acabada á mediodía.
Mire qué sutil es, mire qué bella.....»
El Gusano con sorna respondia:
«Usted tiene razon: así sale ella!»

III.

(En redondillas con los consonantes alternados.)

EL OSO, LA MONA Y EL CERDO.

Un Oso con que la vida
Ganaba un piemontés,
La no muy bien aprendida
Danza ensayaba en dos piés.
Queriendo hacer de persona,
Dijo á una Mona: ¿Qué tal?
Era perita la Mona,
Y respondióle: Muy mal.
Yo creo, replicó el Oso,
Que me haces poco favor.
¡Pues qué! ¿mi aire no es garboso?
¿No hago el paso con primor?
Estaba el Cerdo presente,
Y dijo: Bravo ¡bien va!
Bailarin mas excelente
No se ha visto ni vera.
Echó el Oso, al oír esto,
Sus cuentas allá entre sí,
Y, con ademan modesto,
Hubo de exclamar así:
«Cuando me desaprobaba
La Mona, llegué á dudar;
Mas ya que el Cerdo me alaba,
Muy mal debo de bailar.»

Guarde para su regalo
Esta sentencia un autor:
Si el sabio no aprueba, malo!
Si el necio aplaude, peor!

IV.

(En silva.)

LA ABEJA Y LOS ZÁNGANOS.

Á tratar de un gravísimo negocio
Se juntaron los Zánganos un día.
Cada cual varios medios discurría
Para disimular su inútil ocio;
Y por librarse de tan fea nota
Á vista de los otros animales,
Aún el mas perezoso y mas idiota
Quería, bien ó mal, hacer panales.
Mas como el trabajar les era duro,
Y el enjambre inexperto,
No estaba muy seguro
De rematar la empresa con acierto,
Intentaron salir de aquel apuro
Con acudir á una colmena vieja,
Y sacar el cadáver de una Abeja
Muy hábil en su tiempo y laboriosa;
Hacerle, con la pompa mas honrosa,
Unas grandes exequias funerales,
Y susurrar elogios inmortales
De lo ingeniosa que era
En labrar dulce miel y blanca cera.

Con esto se alababan tan ufanos,
Que una Abeja les dijo por despique:
¿No trabajais más que eso? Pues, hermanos,
Jamás equivaldrá vuestro zumbido
Á una gota de miel que yo fabrique.
¿Cuántos pasar por sabios han querido
Con citar á los muertos que lo han sido!
¿Y qué pomposamente que los citan!
Mas pregunto yo ahora: ¿los imitan?

V.

(En romance octosilabo.)

LOS DOS LOROS Y LA COTORRA.

De Santo-Domingo trajo
Dos Loros una señora.
La isla es mitad francesa,
Y otra mitad española.
Así, cada animalito
Hablaba distinto idioma.
Pusieronlos al balcón,
Y aquello era Babilonia.
De francés y castellano
Hicieron tal pepitoria,
Que al cabo ya no sabían
Hablar ni una lengua ni otra.
El francés del español
Tomó voces, aunque pocas;
El español al francés
Casi se las toma todas.

Manda el ama separarlos;
Y el francés luego reforma
Las palabras que aprendió
De lengua que no es de moda.
El español, al contrario,
No olvida la jerigonza,
Y aún discurre que con ella
Ilustra su lengua propia.
Llegó á pedir en francés
Los garbanzos de la olla;
Y desde el balcón de enfrente
Una erudita Cotorra
La carcajada soltó,
Haciendo del Loro mofa.
Él respondió solamente,
Como por tacha afrentosa:
Vos no sois que una PURISTA ()*,
Y ella dijo: *A mucha honra.*
¿Vaya que los Loros son
Lo mismo que las personas!

(*) Voz de que modernamente se valen los corruptores de nuestro idioma, cuando pretenden ridiculizar á los que hablan con pureza.

VI.

(En silva.)

EL MONO Y EL TITIRITERO.

El fidedigno padre Valdecebro,
 Que en discurrir historias de animales
 Se calentó el cerebro,
 Pintándolos con pelos y señales;
 Que en estilo encumbrado y elocuente
 Del unicornio cuenta maravillas,
 Y el ave-fénix cree á pié-juntillas,
 (No tengo bien presente
 Si es en el libro octavo ó en el nono)
 Refiere el caso de un famoso Mono.
 Este, pues, que era diestro
 En mil habilidades, y servía
 Á un gran Titiritero, quiso un día,
 Mientras estaba ausente su maestro,
 Convidar diferentes animales,
 De aquellos mas amigos,
 A que fuesen testigos
 De todas sus monadas principales.
 Empezó por hacer la mortecina;
 Después bailó en la cuerda á la arlequina,
 Con el salto mortal y la campana;
 Luego el despeñadero,
 La espatarrada, vueltas de carnero,
 Y al fin el ejercicio á la prusiana.
 De estas y de otras gracias hizo alarde.
 Mas lo mejor faltaba todavía;
 Pues, imitando lo que su amo hacía.
 Ofrecerles pensó, porque la tarde
 Completa fuese y la función amena,
 De la linterna mágica una escena.
 Luego que la atención del auditorio
 Con un preparatorio
 Exordio concilió, según es uso,
 Detrás de aquella máquina se puso;
 Y durante el manejo
 De los vidrios pintados,
 Fáciles de mover á todos lados,
 Las diversas figuras
 Iba explicando con locuaz despejo.

Estaba el cuarto á oscuras,
 Cual se requiere en casos semejantes,
 Y aunque los circunstantes
 Observaban atentos,
 Ninguno ver podía los portentos,
 Que con tanta parola y grave tono
 Les anunciaba el ingenioso Mono.

Todos se confundían, sospechando
 Que aquello era burlarse de la gente.
 Estaba el Mono ya corrido, cuando
 Entró maese Pedro de repente,
 É informado del lance, entre severo
 Y risueño, le dijo: Majadero!
 ¿De qué sirve tu charla sempiterna,
 Si tienes apagada la linterna?

Perdonadme, sutiles y altas Musas,
 Las que haceis vanidad de ser confusas;
 ¿Os puedo yo decir con mejor modo
 Que sin la claridad os falta todo?

VII.

(En pareados de tres y de doce sílabas, a la francesa.)

LA CAMPANA Y EL ESQUILON.

En cierta catedral una Campana había,
 Que solo se tocaba algún solemne día.
 Con el mas recio són, con pausado compás,
 Cuatro golpes, ó tres, solía dar no más.
 Por esto, y ser mayor de la ordinaria marca,
 Celebrada fue siempre en toda la comarca.

Tenia la ciudad en su jurisdicción
 Una aldea infeliz de corta población,
 Siendo su parroquial una pobre iglesita,
 Con chico campanario, á modo de una ermita;
 Y un rajado Esquilon, pendiente en medio de él,
 Era allí quien hacía el principal papel.

Á fin de que imitase aqueste campanario
 Al de la catedral, dispuso el vecindario
 Que despacio, y muy poco, el dichoso Esquilon
 Se hubiese de tocar sólo en tal cual función.
 Y pudo tanto aquello en la gente aldeana,
 Que el Esquilon pasó por una gran campana.

Muy verosímil es, pues que la gravedad
Suple en muchos así por la capacidad.
Dignause rara vez de despegar sus labios,
Y piensan que con esto imitan á los sabios.

VIII.

En endecas de seis sílabas, ó versos de redondilla menor.)

EL BURRO FLAUTISTA.

Esta fabulilla,
Salga bien ó mal,
Me ha ocurrido ahora
Por casualidad.
Cerca de unos prados
Que hay en mi lugar,
Pasaba un borrico
Por casualidad.
Una flauta en ellos
Halló, que un zagal
Se dejó olvidada
Por casualidad.
Acercóse á olerla
El dicho animal,
Y dió un resoplido
Por casualidad.
En la flauta el aire
Se hubo de colar,
Y sonó la flauta
Por casualidad.
¡Oh! dijo el Borrico:
¡Qué bien sé tocar!
¡Y dirán que es mala
La música asnal!
Sin reglas del arte,
Borriquitos hay
Que una vez aciertan
Por casualidad.

IX.

(En silva.)

LA HORMIGA Y LA PULGA.

Tienen algunos un gracioso modo
De aparentar que se lo saben todo;
Pues cuando oyen ó ven cualquiera cosa,
Por mas nueva que sea y primorosa,
Muy trivial y muy fácil la suponen,
Y á tener que alabarla no se exponen.
Esta casta de gente
No se me ha de escapar, por vida mía,
Sin que lleve su fabula corriente,
Aunque gaste en hacerla todo un día.
A la Pulga la Hormiga referia
Lo mucho que se afana,
Y con qué industrias el sustento gana,
De qué suerte fabrica el hormiguero,
Cuál es la habitacion, cuál el genero,
Cómo el grano acarrea,
Repartiendo entre todas la tarea;
Con otras mercedencias muy curiosas,
Que pudieran pasar por fabulosas,
Si diarias experiencias
No las acreditasen de evidencias.
Á todas sus razones
Contestaba la Pulga, no diciendo
Más que estas ó otras tales expresiones:
Pues ya... sí... se supone... bien... lo entiendo...
Ya lo decía yo... sin duda... es claro...
Ya ves que en eso no hay nada de raro.
La Hormiga, que salió de sus casillas
Al oír estas vanas respuestillas,
Dijo á la Pulga: Amiga, pues yo quiero
Que venga usted conmigo al hormiguero.
Ya que con ese tono de maestra
Todo lo facilita y da por hecho,
Siquiera para muestra,
Ayúdenos en algo de provecho.
La Pulga, dando un brinco muy ligera,
Respondió con grandísimo desuello:
¡Miren qué friolera!
¿Y tanto piensas que me costaria?
Todo es ponerse á ello...
Pero... tengo que hacer... Hasta otro día.

X.

(En alejandrinos de catorce sílabas.)

LA PARIETARIA Y EL TOMILLO.

Yo leí, no sé dónde, que en la lengua herbolaria
 Saludando al Tomillo la hierba Parietaria,
 Con socarronería le dijo de esa suerte:
 Dios te guarde, Tomillo: lástima me da verte;
 Que aunque más oloroso que todas estas plantas,
 Apenas medio palmo del suelo te levantas.
 Él responde: Querida, chico soy, pero crezco
 Sin ayuda de nadie. Yo si te compadezco;
 Pues por más que presumas, ni medio palmo puedes
 Medrar, si no te arrimas á una de esas paredes.

Cuando veo yo algunos que de otros escritores
 Á la sombra se arriman, y piensan ser autores
 Con poner cuatro notas, ó hacer un prologuillo,
 Estoy por aplicarles lo que dijo el Tomillo.

XI.

(En endechas de seis sílabas, ó versos de redondilla menor.)

LOS DOS CONEJOS.

Por entre unas matas,
 Seguido de perros,
 (No diré corria)
 Volaba un conejo.
 De su madriguera
 Salió un compañero,
 Y le dijo: «Tente,
 Amigo, ¿qué es esto?»
 —¿Qué ha de ser? responde:
 Sin aliento llego...
 Dos pícaros galgos
 Me vienen siguiendo.
 —Si (replica el otro),
 Por allí los veo...
 Pero no son galgos.
 —¿Pues qué son?—Podencos

—¿Qué? ¿podencos dices?
 —Sí, como mi abuelo.
 —Galgos y muy galgos,
 Bien vistos los tengo.
 —Son podencos: vaya,
 Que no entiendes de eso.
 —Son galgos te digo.
 —Digo que podencos.
 En esta disputa
 Llegando los perros,
 Pillan descuidados
 Á mis dos conejos.
 Los que por cuestiones
 De poco momento
 Dejan lo que importa,
 Llévense este ejemplo.

XII.

(En silva.)

LOS HUEVOS.

Mas allá de las islas Filipinas
 Hay una, que ni sé cómo se llama,
 Ni me importa saberlo, donde es fama
 Que jamás hubo casta de gallinas,
 Hasta que allá un viajero
 Llevó por accidente un gallinero.
 Al fin tal fue la cria, que ya el plato
 Mas comun y barato
 Era de huevos frescos; pero todos
 Los pasaban por agua (que el viajante
 No enseñó á componerlos de otros modos).
 Luego de aquella tierra un habitante
 Introduce el comerlos estrellados.
 ¡Oh qué elogios se oyeron á porfía
 De su rara y fecunda fantasía!
 Otro discurre hacerlos escalfados...
 ¡Pensamiento feliz! Otro, rellenos...
 ¡Ahora sí que están los huevos buenos!
 Uno después inventa la tortilla,
 Y todos claman ya: ¡Qué maravilla!

No bien se pasó un año,
Cuando otro dijo: Sois unos petates;
Yo los haré revueltos con tomates:
Y aquel guiso de huevos tan extraño,
Con que toda la isla se alborota,
Hubiera estado largo tiempo en uso,
A no ser porque luego los compuso
Un famoso extranjero á la *Hugonota*.

Esto hicieron diversos cocineros;
Pero ; qué condimentos delicados
No añadieron después los reposteros!
Moles, dobles, bilados,
En caramelo, en leche,
En sorbete, en compota, en escabeche.

Al cabo todos eran inventores,
Y los últimos huevos los mejores.
Mas un prudente anciano
Les dijo un día: «Presumís en vano
De esas composiciones peregrinas;
¡Gracias al que nos trajo las gallinas!»
¿Tantos autores nuevos
No se pudieran ir á guisar huevos
Mas allá de las islas Filipinas?

XIII.

(*En endechas de siete sílabas.*)

EL PATO Y LA SERPIENTE.

Á orillas de un estanque,
Diciendo estaba un Pato:
¿Á qué animal dió el Cielo
Los dones que me ha dado?

Soy de agua, tierra y aire:
Cuando de andar me canso,
Si se me antoja, vuelo,
Si se me antoja, nado.

Una serpiente astuta,
Que le estaba escuchando,
Le llamó con un silbo,
Y le dijo: Seo guapo!

No hay que echar tantas plantas;
Pues ni anda como el gamo,
Ni vuela como el sacre,
Ni nada como el barbo;

Y así tenga sabido
Que lo importante y raro
No es entender de todo,
Sino ser diestro en algo.

XIV.

(*En romance de versos de nueve sílabas.*)

EL MANGUITO, EL ABANICO Y EL QUITA-SOL.

Si querer entender de todo
Es ridícula presuncion,
Servir sólo para una cosa
Suele ser falta no menor.

Sobre una mesa, cierto día,
Dando estaba conversacion
Á un Abanico y á un Manguito
Un Para-aguas ó Quita-sol;
Y en la lengua que en otro tiempo
Con la Olla el Caldero habló (*),
Á sus dos compañeros dijo:
¡Oh qué buenas alhajas sois!
Tú, Manguito, en invierno sirves;
En verano vas á un rincon:
Tú, Abanico, eres mueble inútil
Cuando el frio sigue al calor.
No sabeis salir de un oficio:
Aprended de mí, pese á vos,
Que en el invierno soy Para-aguas,
Y en el verano Quita-sol.

XV.

(*En silva.*)

LA RANA Y EL RENACUAJO.

En la orilla del Tajo
Hablabá con la Rana el Renacuajo,
Alabando las hojas, la espesura
De un gran cañaveral, y su verdura.

(*) Alude á la fábula que escribió Esopo del *Caldero y la Olla*, disculpándose con este ejemplo la impropiedad en que parece se incurre haciendo hablar, no sólo á los animales, sino aún á las cosas inanimadas, como son el Manguito, el Abanico y el Quita-sol.

Mas luego que del viento
El impetu violento
Una caña abatió, que cayó al rio,
En tono de leccion dijo la Rana:
Ven á verla, hijo mio;
Por defuera muy tersa, muy lozana;
Por dentro toda fofa, toda vana.
Si la Rana entendiera poesia,
Tambien de muchos versos lo diria.

XVI.

(En cuartetos decasilabos.)

LA AVUTARDA

De sus hijos la torpe Avutarda
El pesado volar conocia,
Deseando sacar una cria
Mas ligera, aunque fuese bastarda.
A este fin muchos huevos robados
De alcotan, de jilguero y paloma,
De perdiz y de tórtola toma,
Y en su nido los guarda mezclados.
Largo tiempo se estuvo sobre ellos;
Y aunque hueros salieron bastantes,
Produjeron por fin los restantes
Varias castas de pájaros bellos.
La Avutarda mil aves convida,
Por lucirlo con cria tan nueva;
Sus polluelos cada ave se lleva,
Y héte aquí la Avutarda lucida.
Los que andais empollando obras de otros,
Sacad, pues, á volar vuestra cria.
Ya dirá cada autor: Esta es mia;
Y verémos qué os queda á vosotros.

XVII.

(En silva.)

EL JILGUERO Y EL CISNE.

Calla, tú, pajarillo vocinglero
(Dijo el Cisne al Jilguero):
¡Á cantar me provocas, cuando sabes
Que de mi voz la dulce melodía
Nunca ha tenido igual entre las aves?
El Jilguero sus trinos repetía,
Y el Cisne continuaba: ¡Qué insolencia!
¡Miren cómo me insulta el musiquillo!
Si con soltar mi canto no le humillo,
Dé muchas gracias á mi gran prudencia.
¡Ojalá que cantáras!
(Le respondió por fin el pajarillo);
¡Cuánto no admirarias
Con las cadencias raras
Que ninguno asegura haberte oido,
Aunque logren mas fama que las mías!...
Quiso el Cisne cantar, y dió un graznido.
¡Gran cosa! ganar crédito sin ciencia,
Y perderle en llegando á la experiencia.

XVIII.

(En tercetos de versos octosilabos.)

EL CAMINANTE Y LA MULA DE ALQUILER.

Harta de paja y cebada,
Una Mula de alquiler
Salía de la posada;
Y tanto empezó á correr,
Que apenas el caminante
La podia detener.
No dudo que en un instante
Su media jornada haria;
Pero algo mas adelante
La falsa caballeria
Ya iba retardando el paso.
—; Si lo hará de picardia?...

Harre!... ¿te paras?... Acaso
Metiendo la espuela... Nada.
Mucho me temo un fracaso.

Esta vara, que es delgada...
Menos... Pues este agujon...
Mas ¿si estará ya cansada?

Coces tira... y mordiscon:
Se vuelve contra el jinete...
;Oh qué corcovo, qué envión!

Aunque las piernas apriete...
Ni por esas... Voto á quicn!
Barrabás que la sujete...

Por fin, dió en tierra... Muy bien!
¿Y eres tú la que corrias?...
;Mal muermo te mate, amen!

No me fiaré en mis días
De mula que empiece haciendo
Semejantes valentías.

Después de este lance, en viendo
Que un autor ha principiado
Con altisonante estruendo,

Al punto digo: Cuidado!
Tente, hombre! que te has de ver
En el vergonzoso estado
De la Mula de alquiler.

XIX.

(En silva.)

LA CAURA Y EL CABALLO.

Estábase una Cabra muy atenta
Largo rato escuchando
De un acorde violin el eco blando.
Los piés se le bailaban de contenta;
Y á cierto Jaco, que también suspenso
Casi olvidaba el pienso,
Dirigió de esta suerte la palabra:
¿No oyes de aquellas cuerdas la armonía?
Pues sabe que son tripas de una Cabra
Que fue en un tiempo compañera mía.
Confío (dicha grande!) que algun día
No menos dulces trinos
Formarán mis sonoros intestinos.

Volvióse el buen Rocín, y respondiôla:
Á fé que no resuenan esas cuerdas
Sino porque las hieren con las cerdas
Que sufrí me arrancasen de la cola.
Mi dolor me costó, pasé mi susto;
Pero, al fin, tengo el gusto
De ver que lucimiento

Debe á mi auxilio el musico instrumento.
Tú, que satisfaccion igual esperas,
¿Cuándo la gozarás? Después que mueras.

Así, ni más ni menos, porque en vida
No ha conseguido ver obra aplaudida
Algún mal escritor, al juicio apela
De la posteridad, y se consueta.

XX.

(En redondillas ó cuartillas.)

LA ABEJA Y EL CUCLILLO.

Saliendo del colmenar,
Dijo al Cuclillo la Abeja:
Calla, porque no me deja
Tu ingrata voz trabajar.

No hay ave tan fastidiosa
En el canto come tu;
Cucú, cucú, y mas cucú,
Y siempre una misma cosa.

¿Te cansa mi canto igual?
(El Cuclillo respondió):
Pues á fé que no hallo yo
Variedad en tu panal.

Y pues que del propio modo
Fabricas uno que ciento,
Si yo nada nuevo invento,
En ti es viejísimo todo.

Á esto la Abeja replica:
En obra de utilidad,
La falta de variedad
No es lo que más perjudica;

Pero en obra destinada
Solo al gusto y diversion,
Si no es vária la invencion,
Todo lo demás es nada.

XXI.

(En silva.)

EL RATON Y EL GATO.

Tuvo Esopo famosas ocurrencias.
 ¡Qué invencion tan sencilla! qué sentencias!...
 He de poner, pues que la tengo á mano,
 Una fábula suya en castellano.

Cierto (dijo un Raton en su agujero),
 No hay prenda mas amable y estupenda
 Que la fidelidad; por eso quiero
 Tan de veras al perro perdiguero.

Un Gato replicó: Poes esa prenda
 Yo la tengo tambien.... Aquí se asusta
 Mi buen Raton, se esconde.

Y, torciendo el hocico, le responde:
 ¡Cómo! ¿la tienes tú?.... Ya no me gusta.

La alabanza que muchos creen justa,
 Injusta les parece

Si ven que su contrario la merece.

¿Qué tal, señor lector? La fabulilla
 Puede ser que le agrade, y que le instruya.

—Es una maravilla;

Dijo Esopo una cosa como suya.

—Pues mire usted: Esopo no la ha escrito;

Salió de mi cabeza.—¿Con qué es tuya?

—Sí, señor erudito:

Ya que antes tan feliz le parecia,
 Critiquemela ahora porque es mia.

XXII.

(En quintillas.)

LA LECHUZA.

Y

XXIII.

(En quintillas.)

LOS PERROS Y EL TRAPERO.

Cobardes son, y traidores,
 Ciertos críticos que esperan,
 Para impugnar, á que mueran

— 56 —

Los infelices autores,
 Porque vivos respondieran.

Un breve caso á este intento
 Contaba una abuela mia.

Diz que un dia en un convento
 Entró una Lechuza .. miento,
 Que no debió ser un dia:

Fue, sin duda, estando el sol
 Ya muy lejos del ocaso...

Ella, en fin, encontró al paso

Una lámpara ó farol

(Que es lo mismo para el caso).

Y volviendo la trasera,

Exclamó de esta manera:

Lámpara, ¡con qué deleite

Te chupara yo el aceite,

Si tu luz no me ofendiera!

Mas ya que ahora no puedo,

Porque estás bien atizada,

Si otra vez te hallo apagada,

Sabré, perdiéndote el miedo.

Darme una buena panzada.

Aunque renieguen de mí

Los críticos de que trato,

Para darles un mal rato,

En otra fábula aqui

Tengo de hacer su retrato.

Estando, pues, un Trapero

Revolviendo un basurero,

Ladrábanle (como suelen

Cuando á tales hombres huelen)

Dos parientes del Cerbero.

Y dijoles un lebrél:

Dejad á ese perillan,

Que sabe quitar la piel

Cuando encuentra muerto un can,

Y cuando vivo, huye de él.

XXIV.

(En silva.)

EL PAPAGAYO, EL TORDO Y LA MARICA.

Oyendo un Tordo hablar á un Papagayo,
 Quiso que él, y no el hombre, le enseñara;
 Y con solo un ensayo

— 57 —